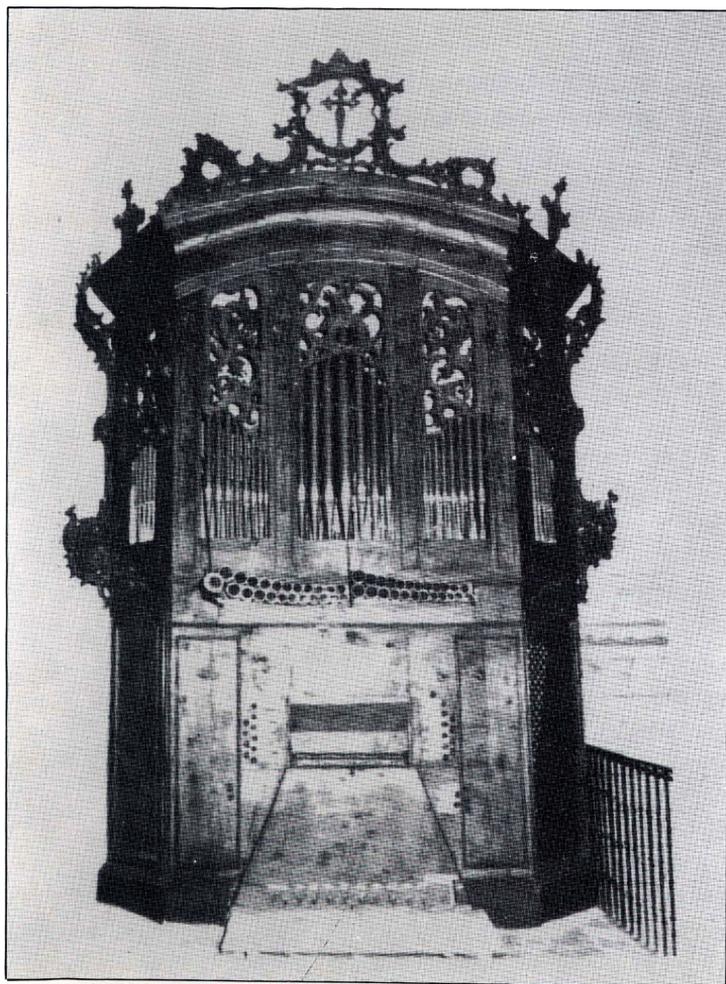

Cultural Albacete

mayo 1989



33

José Sánchez Ferrer es Doctor en Historia por la Universidad de Valencia. Ejerce como profesor en el I. B. «Bachiller Sabuco» y en el Centro Asociado de la U.N.E.D. de Albacete. Es miembro del Instituto de Estudios Albacetenenses y preside su sección de Etnología. Investigador en los campos de la Etnología y el Arte, ha publicado tres libros y una decena de artículos en diversas revistas científicas sobre temas etno-históricos albaceteños. La mayor parte de sus trabajos están relacionados con la artesanía textil.



Una importante manifestación de la religiosidad popular provincial: el Cristo del Sahuco

Por José Sánchez Ferrer

LAS romerías del Cristo del Sahuco en Peñas de San Pedro, la “traída” y la “llevada”, son una manifestación de religiosidad popular de un ingente número de personas procedentes de un territorio de considerable extensión. La “traída” se celebra en fecha variable, ya que está en función de la Semana Santa. La “llevada”, por el contrario, es siempre el 28 de Agosto. Este año, la primera coincide con la festividad de San Isidro, titular, también, de cultos y romerías que, aunque de raigambre madrileña, están muy introducidos en tierras manchegas. Por tanto, ambas se celebran el 15 de Mayo.

Con el deseo de aportar algo sobre esa fiesta, la del Sahuco, escribo este ensayo de síntesis de lo que hasta ahora conozco y que ofrezco como primicia, aún provisional, de un trabajo más extenso con el que me gustaría culminar la investigación que estoy realizando.

El actual municipio de Peñas de San Pedro se encuentra situado hacia el centro de la provincia de Albacete, en la confluencia de dos áreas geográficas distintas, la Sierra de Alcaraz, en las estribaciones de las Béticas, y la llanura de la Mancha de Montearagón, en el borde meridional de la Meseta castellana. Durante la Edad Moderna y hasta la creación de la actual provincia, en 1833, este concejo, una vez segregado del alfoz de Alcaraz en 1537, tuvo una superficie mucho mayor de la que hoy posee. Además del actual término

comprendía, más o menos, los que hoy tienen Alcaadozo, Pozohondo, el Pozuelo y San Pedro; unos 625 kilómetros cuadrados. Abarcaba, pues, buena parte de la Sierra del Sahuco y una porción amplia de la llanura sobre la que se alza la gran mesa rocosa que ha sido siempre el distintivo característico e inconfundible de la población que se extiende a sus pies.

Después del fraccionamiento de su territorio, tras la creación de la provincia, aún conservó un grupo de aldeas entre las que destaca de un modo singular la del Sahuco, a unos 15 kilómetros por carretera, antes próspera y bien poblada y hoy sólo habitada por unas tres o cuatro familias. Esta pequeña población alberga el santuario dedicado a la imagen del Crucificado más importante de la comarca y el que da origen a una de las manifestaciones socio-religiosas más originales de Albacete.

La aldea se encuentra situada a 1.182 metros de altura sobre el nivel del mar y en el centro de una herradura formada por un conjunto de lomas y cerros que le confieren cierto carácter hierofánico. Su nombre debió recibirlo por estar situada junto a una fuente a cuyo alrededor crecían muchos saúcos. Seguramente se le empezaría a llamar *Sambuco*, tomado del nombre latino del arbusto, después *Sabuco*, como se le denomina en todos los documentos consultados, y, finalmente, *Sahuco*.

A la entrada del caserío se alza el Santuario del Cristo del Sahuco. Tiene altas paredes de piedra y la fachada principal, a poniente, está formada por dos torres que flanquean amplia puerta, espacioso balcón, desde el que se domina el contorno, y frontón triangular retranqueado. En su interior, nave única neoclásica, presbiterio cuadrado y magnífico camarín rococó donde está expuesta la imagen.

La fecha y el motivo originario de la devoción son desconocidos. Una hipótesis es considerarlos relacionados con las disputas entre Alcaraz y Peñas, que deseaba la emancipación y que consiguió en 1537. Está únicamente avalada por la situación de la ermita que se levantó cerca del límite que separaba ambos términos concejiles. De este enclave puede interpretarse que la aparición del Cristo sirvió como prueba firme de delimitación del término por esa zona y de confirmación y apoyo a la exención. Este fenómeno aparece frecuentemente en muchos lugares por la interrelación que existía entre las cuestiones políticas y religiosas desde la Edad Media¹.

¹ CHRISTIAN, William A. *Religiosidad popular*. Madrid, 1978. Pág. 98.

Un ejemplo en la provincia es la pugna entre Chinchilla y Albacete. Véase SANTAMARIA CONDE, Alfonso. "Ermitas y religiosidad popular en Albacete". Bol. *Información*. Cultural Albacete. N.º 24. Junio de 1988. Págs. 16-20.

La imagen objeto de varios siglos de veneración por parte de un gran número de fieles es la de Cristo Crucificado. Es una tosca talla en madera, sensiblemente inferior al tamaño natural, que fue ligeramente refinada en la restauración que se le hizo hace pocos años. Por su iconografía podríamos considerarla de finales del siglo XVI o principios del XVII y difícilmente de la época de la separación del Concejo de las Peñas. En la leyenda de la aparición conservada por la tradición oral no se menciona ninguna imagen y del texto de un informe de mediados del siglo XVIII se puede deducir que la confección de la escultura fue posterior a este hecho, aunque la descripción se encuentre mitificada.

La imagen está vestida con “sudario” y cinturón y cubre su cabeza cabellera larga de pelo natural. Este atuendo debe proceder desde antiguo ya que poseemos una noticia documental del “sudario” de 1764 y otra de la cabellera de 1774. También antiguos son los actuales complementos —en bronce— de la aureola de rayos, la placa del INRI y los remates terminales de la cruz que se incorporaron en 1779 sin poder precisar si fueron los primeros.

El relato de la aparición ha llegado a nosotros ambiguo y demasiado escueto. Simplemente la aparición de Cristo Crucificado sobre uno de los saúcos, de un grupo que había junto a una fuente, a unos segadores (la mayoría de las versiones indican que eran de Peñas). Aún así aparecen los elementos fundamentales que establecen una estrecha relación entre lo sobrenatural y la naturaleza. Tras ella se construyó una ermita en dicho lugar a la que debieron de empezar a acudir los aldeanos del entorno próximo convirtiéndose en centro de un culto muy local. Desde estos inicios hasta las primeras noticias documentales, en 1677, hay un período largo de tiempo del que no conocemos nada. Tampoco tenían noticias de él a finales del siglo XVIII ya que en un informe del Administrador de Caudales del Santuario, Matías de Rueda, se refiere al mismo como desconocido, indicando solamente que la ermita estaba al cuidado de ermitaños, primero, y de curas particulares, después.

Por el fragmento de un Libro de Certificaciones de milagros sabemos que a mediados de la décimotava centuria se le atribuían ya numerosas curaciones y que acudían al santuario gentes de un área de considerable extensión. Los Libros de Misas y de Limosnas del Sahuco permiten conocer que a finales de la mencionada centuria acudían a la Fiesta del Cristo —desde las primeras noticias documentales el 27 y 28 de Agosto— una gran cantidad de personas. Algunas, pocas, desde lejanos lugares de la península. Las procedencias de las demás cartografían una gran superficie



El Cristo del Sahuco entrando en su ermita. "Llevada" de 1988.

que ocupaba la casi totalidad de la actual provincia de Albacete (la excepción es la zona más oriental, quizá influenciada por devociones valencianas), amplias áreas limítrofes de las actuales provincias de Cuenca y Ciudad Real y pequeños enclaves, también contiguos, de la de Jaén. Más esporádicamente encontramos devotos que vivían en localidades próximas de Valencia, Alicante y Murcia, siendo relativamente numerosos los de la capital del Segura.

Esta afluencia de gente debió comenzar hacia 1751 fecha en la que, con casi toda seguridad, los franciscanos se hicieron cargo del Santuario y como reflejo de su actuación que, probablemente, activó y potenció la devoción al Crucificado a cuya exaltación tantos esfuerzos dedicaron desde el siglo XVI, convirtiéndose en los principales promotores de ello en todo el ámbito católico. En Peñas, la devoción al Lignum Crucis estaba profundamente arraigada y desde antiguo, posiblemente desde principios del XVI, se veneraba una cruz de madera de olivo que había sido la causa de múltiples prodigios y milagros, recogidos en buena parte en un libro que se guarda en el Archivo Parroquial, que inspiraron diversas obras laudatorias.

En 1767 los franciscanos tuvieron que marcharse del Sahuco y el Santuario pasó a ser administrado por el Clero de Peñas de San Pedro el que de la mano de Antonio y Matías de Rueda, especialmente del segundo, lo llevó a su punto álgido a principios del siglo XIX.

Los elementos que constituían el Santuario en su época esplendorosa se podrían dividir en:

a) **De carácter sagrado**

Estaban formados por la Iglesia y la balsa donde llegaba el agua del manantial sobre el que está edificada la nave del templo y que era considerada como un elemento básico en las curaciones milagrosas.

b) **De servicio para lo sagrado**

Era el convento o casa donde se albergaban los sacerdotes y sirvientes que atendían el santuario.

c) **De carácter económico**

Lo formaban las tierras, casas y construcciones ganaderas y agrícolas propiedad de la ermita. Constituían una riqueza cuyas

rentas se aplicaban a las necesidades del culto y del personal adscrito.

d) De carácter medicinal

Era una especie de hospedería o balneario denominado Fuente del Buitre, a unos tres kilómetros del Santuario, y del que no hemos encontrado connotaciones milagrosas aunque sí noticias de curaciones en función de las propiedades del agua².

A lo largo de los siglos XIX y XX esta configuración fue desapareciendo y hoy de todo ello sólo queda la iglesia y el convento, convertido por la Iglesia Católica en colonia veraniega y lugar de reuniones y retiro.

El estudio de la documentación que conozco me sugiere dividir la historia del Santuario en varias etapas:

1ª. Fase de formación y consolidación

Cronológicamente va desde el origen hasta 1751.

Como indiqué, es una época apenas conocida ya que hasta 1677 no encontramos el primer testimonio documental. El mismo consiste en un mandato del Visitador del Obispado de Cartagena Domingo Ximénez ordenando la regulación, no sé si la primera, de las limosnas ofrecidas al Cristo.

De diez años después hay otro que pone de manifiesto la escasez que aún representaban los ingresos de la ermita y el interés de mejorarla que existía. Y otro sin fecha, de finales del siglo XVII, por el que se organizaba el culto ordinario de la ermita.

2ª. Fase de administración franciscana

Abarcaría desde 1751, año en el que los franciscanos de la Custodia de San Pascual Bailón debieron hacerse cargo del Hospicio y Ermita, hasta 1767 en que, en diciembre, tuvieron que marcharse.

He encontrado referencias documentales de este período en el Archivo del Convento de Santa Ana en Jumilla. En él se conservan los diferentes Libros de la *Historia de la Santa Custodia de San Pasqual del Reyno de Murcia* y en el primero de ellos podemos rastrear algunos datos, pocos, sobre el asentamiento franciscano en el Santuario.

² SANCHEZ MAURANDI en *El Santuario del Sahuco*, Publicaciones de la Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1960. Pág. 8, indica que en un análisis al que se les sometió en 1936 no se descubrieron propiedades terapéuticas.

En 1747 recibió un *Diffinitorio* de la Custodia cartas de la villa y clero de Peñas de San Pedro pidiendo a los franciscanos “*tomar fundacion en el Santisimo Cristo del Sabuco, imagen de mucha devozion, que esta en un desierto del termino de dicha Villa*” y solicitar las precisas licencias para que esto fuera posible. La propuesta fue del agrado de los dirigentes de la Custodia pero tuvo la oposición, que según el documento se podría vencer fácilmente, de los conventos de Observantes de Hellín y Tobarra. Probablemente, éstos argumentaban que aunque el Santuario distaba más de lo establecido, no era conveniente fundar la nueva casa porque serían demasiadas comunidades franciscanas viviendo de una zona que, por ser de pobre economía, no permitía (recorremos que eran mendicantes) el mantenimiento de gran número de frailes.

En 1750 o 1751, la fecha es dudosa, el visitador Pascual Ortiz conoció la muerte del Obispo en Murcia estando en el convento de Jorquera. Pensó que ésta era buena ocasión para alcanzar del Gobernador del Obispado, Andrés de Libera, la necesaria licencia para la fundación del Sahuco. Tras diversas gestiones, y después de ser remitida a Murcia la justificación de la necesidad que había del Hospicio, recabada en Peñas por Juan de Rueda, Presbítero y Síndico del Convento de Nuestra Señora de los Llanos, el Gobernador otorgó la licencia con la obligación de que fueran seis religiosos los que cuidaran el culto de la imagen.

Conozco dos testimonios documentales más anteriores a 1767. Son sendas visitas del Custodio al Hospicio efectuadas en 1754 y 1764.

De la primera no se detalla nada en el Libro. Por las anotaciones de la segunda podemos saber que el visitador quedó satisfecho del trabajo que estaban realizando los religiosos y de los progresos que veía entre “*las gentes y aldeas comarcanas*”, y que los frailes lamentaban no tener Santísimo ni posibilidades de conseguirlo, lo que podemos interpretar como signo de que esta fundación no tenía categoría de convento.

Por una orden de 1767 emitida por la Chanchillería de Granada (quizá intentando restringir la enorme expansión de las órdenes religiosas), los frailes que residieran en conventos constituidos sin licencia real debían abandonarlos y regresar a los que con este requisito estuviesen fundados. El Hospicio del Sahuco debió ser de los primeros y los franciscanos tuvieron que dejarlo.

No he encontrado más noticias de este periodo, pero, sin duda, fue el que inició el desarrollo y ascenso del Santuario.

3ª. Fase de la administración del Clero de Peñas de San Pedro

Para su mejor estudio y comprensión la fraccionaré en etapas:

3.a) Ascenso

Cronológicamente la sitúo entre 1768 y 1786.

La devoción se expandió sobremanera, la afluencia de devotos se hizo masiva y empezó una acumulación de riqueza en base a la progresiva diferencia entre ingresos y gastos ordinarios.

3.b) Esplendor

Se extendería entre 1787 y 1815, aproximadamente.

Desde los primeros años de este período ya se encuentran plenamente constituidas las bases que harían posible una saneada economía del Santuario y la realización de buena parte de los proyectos concebidos. Estas bases las considero divididas fundamentalmente en:

- Limosnas gratuitas que daban los devotos:

Pueden diferenciarse las ofrecidas en metálico y en especie.

• En metálico. Procedían de:

- . ofrecimientos en el Santuario los días 27 y 28 de Agosto (formaban el grueso del total).
- . ofrecimientos en el Santuario el resto del año.
- . ofrecimientos en la Parroquia de Peñas.
- . las que se recogían en las procesiones.
- . las anónimas que se depositaban en el platillo del Camarín.
- . las recogidas por el limosnero que recorría las tierras del entorno con una reproducción en miniatura del Cristo.

• Es especie

Estaban formadas fundamentalmente por productos ordinarios de la economía de las gentes y las partidas más importantes eran las de trigo, cebada, cera y azafrán. Los fieles las llevaban al santuario o a la Parroquia de Peñas o eran recogidas por el limosnero que las transportaba en las caballerías propiedad del convento.

- Venta de diversos productos:

- . los procedentes de las propias posesiones. Fundamental-

mente eran los productos agrícolas y ganaderos que no se utilizaban en el consumo propio. Podemos incluir aquí el valor de los arrendamientos de casas y tierras que se tenían establecidos.

- . las mortajas y hábitos.
- . las estampas y medallas del Cristo.

- El sobrante de las limosnas mínimas estipuladas de las misas ofrecidas por los devotos al Cristo

Por acuerdo y sin renunciar a sus derechos de poder quedárselas en su totalidad, los sacerdotes las donaban para el culto del Crucificado.

La renta, pues, de los ya considerables terrenos que se habían ido comprando y el auge de las limosnas gratuitas y de misas, hicieron que se entrara en la época más brillante de la historia del Santuario.

Se amplía el convento, tanto en habitabilidad como en anejos productivos, y se construyen la conexión de la ermita con el convento —a través de la sacristía nueva— y el Camarín. Esta bella pieza se terminó en 1785, con traza del murciano Gregorio Sánchez, talla y ensamblaje del valenciano Ignacio Castell y dorado del conqueense Juan Manuel Melero.

Después, y estrenando el siglo XIX, se levantó la primera fase de la iglesia pensada para sustituir al pequeño templo primitivo. Probablemente, esta obra sea de Alonso Franco porque por entonces estaba construyendo los brazos del crucero de la Iglesia Parroquial de Santa María de la Esperanza de Peñas y porque volumétrica y estilísticamente responde a las características de este arquitecto.

Esta floreciente situación repercutía en el numeroso clero de Peñas y le facilitaba una acomodada posición económica al oficiar las numerosísimas misas que los fieles ofrecían y cobrar un estipendio por cada una de ellas.

3.c) Recesión y estancamiento

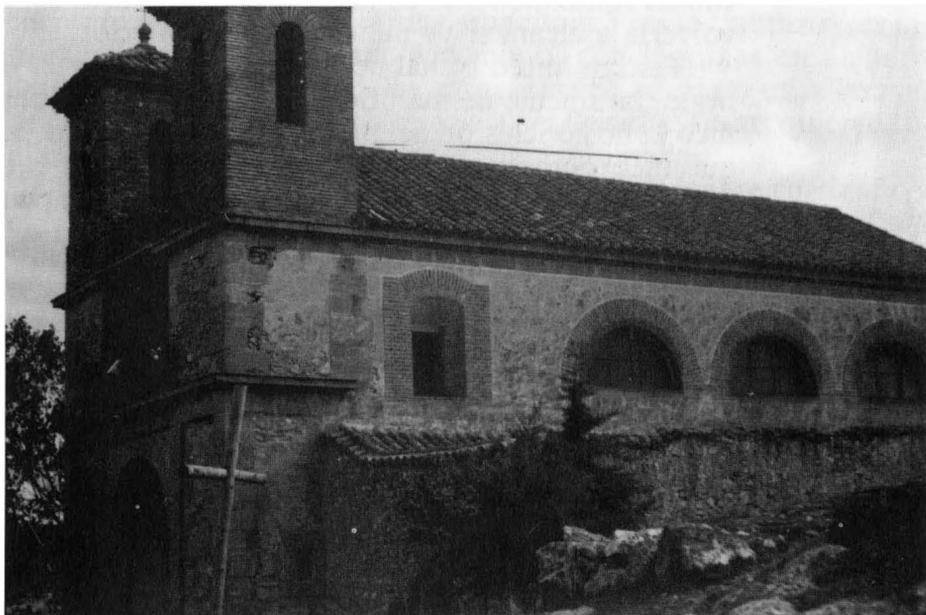
La sitúo entre 1816 y 1900 (?).³

Varios hechos incidieron en el cambio de situación del Santuario.

³ 1900 es una fecha completamente arbitraria. Hubiera querido marcar el hito cronológico en el año que El Sahuco se convirtió en Parroquia pero no he encontrado datos. He optado, en consecuencia, por ese año para centrar la siguiente fase en el siglo XX.



Camarín del Cristo del Sahuco.



Ermita del Cristo del Sahuco. Exterior de la obra construida a principios del siglo XIX.

Por una parte, la terminación de la primera fase de la construcción de la iglesia había endeudado al Santuario y el Clero de Peñas decidió vender bastantes propiedades para poder pagar. Por otra, fundamental, los pilares económicos básicos se resquebrajaron. El de la rentabilidad de las tierras, que se resintió con la venta de una buena parte de ellas. El de las limosnas gratuitas —el más cuantioso— comenzó a descender a partir de 1817 y bajó vertiginosamente desde 1825, reduciéndose en extensión el ámbito de influencia. El tercero, el sobrante de misas, también bajó porque se encargaban muchas menos y llegó a desaparecer porque los sacerdotes se negaron a seguir deduciéndolo debido a las necesidades que según ellos tenían por la penuria de los tiempos.

A partir de 1836, el Santuario recibió el golpe definitivo que consolidaría la contracción: la desamortización. Todas las tierras no vendidas anteriormente, las de mejor calidad, fueron expropiadas y vendidas dejando el culto sólo a expensas de las limosnas gratuitas que, como indiqué, habían descendido enormemente.

Si a todo ello unimos las consecuencias de la Guerra de la Independencia y la expansión de la ideología ilustrada y liberal, contraria a las manifestaciones religiosas populares, tendremos las

causas fundamentales de la crisis del Santuario del Sahuco que no volvería a alcanzar ya nunca el brillo anterior.

Testigo mudo actual de todo ello es el exterior del templo que pone claramente de manifiesto con su quebrado perfil arquitectónico la no conclusión del proyecto. Sin duda, una nueva cabecera, que incorporaría el Camarín, estaría diseñada (no se conoce el proyecto) para reemplazar el actual presbiterio, probablemente la ermita primitiva.

4^a. Siglo XX

Creo que, en general, la situación final anterior es la que seguiría a lo largo de nuestro siglo. El Santuario, en un período anterior a la Guerra Civil cuya cronología desconozco, se convirtió en parroquia a la que pertenecieron las aldeas cercanas y tras la contienda bélica pasó de nuevo a la administración del párroco de Peñas como sigue en la actualidad.

La iglesia no se ha concluido y solamente se han realizado obras de mantenimiento. En los años sesenta se restauró el convento convirtiéndolo en colonia y en los últimos años el interior ha recibido varias obras de embellecimiento como enlucidos, pintura y embaldosado que conservan con un aspecto digno lo que en esencia es la misma obra de hace ciento cincuenta años.

Las gentes de Peñas y de la zona de irradiación, aunque más reducida, siguieron fieles a su Cristo, mantuvieron su fe (incluso frente a las reticencias de la Iglesia oficial) y continuaron acudiendo en masa a su fiesta y no sólo es así en la actualidad, sino que se observa un progresivo aumento de la afluencia favorecido por las nuevas directrices que desde hace más o menos una década, ha adoptado la Iglesia Católica con respecto a la religiosidad popular, y por la mejora en los medios de desplazamiento.

En el conjunto de acciones culturales en torno al Cristo del Sahuco hay una que aglutina corporativamente a los devotos y que es la que le confiere la personalidad que individualiza, distingue e impregna la religiosidad popular de Peñas de San Pedro y su entorno. Es la “traída” y la “ilevada” del “Santo”. Todos los años, en la tarde del lunes de Pentecostés (y hay indicios que pueden fundamentar la consideración de que se hacía así desde, al menos, mediados del siglo XVIII), por tanto en fecha variable, se efectúa la “traída” del Cristo desde el Sahuco a Peñas.

La imagen es despedida en procesión por otra de la Virgen, por los habitantes del Sahuco y por otros fieles que para ello han

acudido, en la Cruz Chica. Personajes divinos y humanos se encuentran aunados con la misma finalidad. Tras el “abrazo” es introducida con solemnidad, con mimo, con lágrimas en algunos rostros y voz quebrada en las gargantas, en la caja o urna de madera en forma de cruz en la que va a ser llevada. Todos quieren tomar parte en la operación, tocarla por última vez.

El trayecto, algo más de trece kilómetros, se cubre corriendo y el transporte de la caja se hace a hombros de los corredores. Para ello se han preparado los mozos. Hoy su atuendo consiste en pantalones, camisa y deportivos blancos frente al de los pulgueros, camisetas de felpa y alpargatas de esparto de ayer. Se han ajustado estrechamente las fajas y los anchos cinturones de cuero que protegen sus riñones del esfuerzo que van a realizar. Algunos se han incorporado trozos de teja o piedras planas para que “no bajen las tripas”. Se han ceñido los pañuelos de colores a la frente para emparar el abundante sudor que producirá el esfuerzo y se han colocado ramitas de alhábega o romero en la cabeza, reminiscencias de épocas en las que se utilizaban como hierbas aromáticas quizá con más sentido simbólico que práctico.

Los prolegómenos están acabando. El santero (que en Peñas tiene una función muy particular y no relacionada con la común de vigilancia y cuidado de la ermita), pieza esencial de la carrera y de quien depende en gran manera la coordinación y buena ejecución de la misma, ha numerado las parejas —que para esto son de cuatro personas— para ir llamándolas por orden en los relevos, las “uncías”. Los gritos se elevan, los vivos se suceden, la despedida llega a su cenit. La primera pareja levanta al Cristo. Entre gritos de ánimo, el rito central de la fiesta ha comenzado.

Es primavera. Los campos verdes. La imagen del Cristo a hombros de los corredores. La marcha es rápida y acompasada. El firme es bueno y recuerda sólo por su proximidad, la rambla por la que antiguamente discurría la carrera. Las fuerzas intactas, los relevos perfectos y bien sincronizados.

El camino discurre entre suaves lomas, árboles y campos. El silencio sólo se rompe por el roce del calzado sobre el asfalto, por los gritos de aliento a los andarines, por las voces del santero en los relevos, por los vítores al Cristo y por las palmas que los mismos mozos dan, de vez en cuando, para marcar el ritmo de la andadura.

A lo largo del recorrido se producen tres descansos: el Pardalejo, la Casa de la Rambla y el Puente. Las gentes de los caseríos y aldeas cercanas se congregan ansiosas en cada uno de ellos para



Entrada en Peñas de San Pedro. "Traída" de 1988.

ver la imagen y besarla. En la parada, los andarines descansan y beben agua. Algunos tienen que pinchar las ampollas que se les han hecho en los pies.

A buen ritmo, acumulando cansancio (los kilómetros y los 110 kilos de carga van haciendo mella), intensificando su apoyo mutuo, la blanca serpiente avanza. El pueblo está cerca, las parejas sacan fuerzas de flaqueza y pugnan por coger el último relevo y tener el honor de entrar la imagen en las Peñas ante la multitud congregada que espera en la Cruz del Santo. Su llegada se recibe con aplausos y vítores al Hijo y a la Madre que, en imagen con la advocación de la Dolorosa, también le aguarda. Es, quizá, el momento más emocionante de la multitud. Los fieles están enardecidos, inquietos, radiantes, festivos. De allí, en procesión, a la Iglesia, donde permanecerá, como protección de los campos durante meses decisivos en la economía agraria de la villa, hasta el amanecer del 28 de Agosto, día de su fiesta y fecha tradicional, creo que desde los primeros tiempos.

Ese día, con las primeras luces, la imagen es sacada del templo. Caras tristes, lágrimas y votos en las personas maduras y ancianas y vivas en casi todas. El proceso, ahora es la "llevada", se repite

ante una muchedumbre mucho mayor que en la “traída”. Es su feria, la del Cristo del Sahuco, la del pueblo, la de todos sus fieles, la que culmina la recolección. El “cajón” cabalga sobre los hombros de un mayor número de parejas, la serpiente blanca ha crecido. Nuevamente se corre, ahora hacia la ermita y esta vez a través de campos segados; la cosecha ya está segura en los graneros. Una inmensa muchedumbre venida de media provincia le aguarda en la Cruz Chica (en 1988 se calcularon entre veinticinco y treinta mil personas); muchas han llegado andando, un par de centenares pasaron la noche allí. Tras la ceremonia religiosa y la postrer procesión, el Cristo queda en el Santuario. La última mirada, el rezo final, el beso de despedida, la promesa cumplida.

Afuera, el gentío disfruta del día de Feria. Almuerzan las viandas que se han traído preparadas o que se compran en los puestos que los feriantes han montado en torno a la ermita. Junto a los puestos de velas, exvotos y recuerdos de la imagen, los de juguetes, turroneos y bebidas. Lo sagrado y lo profano una vez más reunido, aunque este último aspecto muy reducido ya desde hace varios decenios y poco recuerda a los bailes, juegos y fuegos artificiales que aún antes de 1936 se mantenían. Al atardecer todos han desaparecido, la calma y el silencio se extienden ahora sobre el Santuario.

El rito del pueblo se ha cumplido nuevamente y su acontecer ha entrado en el recuerdo y el comentario de los lugareños. A los pocos días empieza la cuenta atrás para que el “Santo” vuelva una vez más a Peñas.

La interpretación de este rito es difícil. Las versiones que cuentan el origen de la costumbre son, fundamentalmente, tres, una minoritaria y dos muy extendidas. Las dos últimas están basadas en el rapto, o intento de hacerlo, de la imagen por una comunidad vecina a la del Sahuco, en un caso por la de Peñas y en el otro por la del Pozuelo. Aparecen como las más enraizadas en el pueblo y se cuentan con diversas variantes. En ambas encontramos los elementos que completan a los ya mencionados de la aparición y que en su conjunto responden plenamente a las características comunes y arquetípicas de este tipo de tradiciones religiosas: relación de la aparición divina con la naturaleza (campo, vegetación y agua), rivalidad entre poblaciones vecinas, rapto de la imagen por una de ellas y finalidad utilitaria que es la que, generalmente, las origina. También las dos versiones narran que el suceso ocurrió durante la noche y así justifican que los que acudieron a recuperar la imagen

fueran en calzoncillos y camisa, tal como se encontraban al ser despertados por el aviso de lo que ocurría. Precisamente, la conmemoración de este suceso es la que motiva el rito que he descrito antes.

Está comprobado que, frecuentemente, el hecho religioso en el que dos comunidades se enfrentan por una imagen, o una quiere arrebatársela a la otra, está encubriendo de diversas maneras un enfrentamiento político, una disputa de términos, pastos, agua..., la posesión de un territorio de “gracia”, etc. Ahora bien, ni las Peñas⁴ ni el Pozuelo tienen estudios históricos específicos que nos permitan conocer pormenores al respecto, ni la documentación que he manejado menciona algo referente a ello y, por tanto, no se puede llegar al fondo de la cuestión.

La interpretación del rapto por parte de Peñas parece más clara que la otra. Las referencias documentales sobre el traslado de la imagen a Peñas arrancan de 1768 pero hay atisbos razonables para considerar que las romerías se celebraban desde bastante antes. Esto creo que es fruto y evidencia del dominio político que el Concejo tenía sobre su aldea del Sahuco y no sólo porque mantenía en su Iglesia Parroquial la imagen del Cristo durante casi cuatro meses, sino porque el traslado se realizaba a finales de la primavera, es decir, cuando empezaba la época más seca del año, como rogativa para que las lluvias fueran abundantes y oportunas —elemento decisivo para la economía agraria de la villa— e hicieran posible una buena cosecha. La devolución se realizaba a finales de Agosto, cuando la recolección había concluido. Por tanto, se mantenía en Peñas el tiempo en el que se consideraba más importante la protección divina y esto la tradición lo presenta como producto del pacto que las comunidades del Sahuco y Peñas hicieron con motivo de la disputa de la imagen. Tácitamente, la villa reconocía a la aldea como propietaria del Cristo y allí se celebraba la fiesta pero, prácticamente, se dejaba en Peñas los meses más decisivos en el contexto económico.

El intento de rapto protagonizado por el Pozuelo tiene aún más dificultades de interpretación. Una variante de la versión cuenta que lo intentaron para que les protegiese de una epidemia y otra que porque consideraban que les pertenecía. Según unos, los del Sahuco, para proteger la imagen, la llevaron corriendo a Peñas. Según otros, los de Peñas, al enterarse de las intenciones de los del

⁴ Sólo conozco uno publicado, el de PRETEL MARIN sobre la historia medieval del castillo, y otro inédito, el de CANO VALERO sobre las ordenanzas municipales del siglo XVI.

Pozuelo se levantaron y fueron corriendo al Sahuco a por la imagen y se la llevaron.

Con respecto a la primera variante parece lógico pensar que a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX la zona padeciese pestes y epidemias y que, por tanto, existieran situaciones objetivas para fundamentar el intento de raptó. Solamente tengo documentadas dos sobre el cólera en el siglo XIX, en 1834 y en 1885, que impidieron la celebración de la Feria porque el Cristo permaneció en Peñas hasta que se extinguieron. Concretamente, sobre la segunda conozco varias referencias documentales. Una de ellas, de un Libro de Cuentas del Sahuco, dice textualmente:

“...el día once de octubre en que fue trasladada la Sagrada Imagen del Santísimo Cristo á su Santuario, por no haberlo podido verificar en la época ordinaria, á causa de la epidemia colérica que invadió a casi todos los pueblos de España, y de la que, este pueblo y aldea del Sauco, se vieron libres, como siempre, de semejante calamidad por la misericordia del Santísimo Cristo”.

No obstante, no he encontrado ninguna alusión a la cuestión del Pozuelo.

En relación con la segunda variante sólo puedo apuntar algunos hechos, igualmente ambiguos y poco convincentes.

Hasta 1835 el Pozuelo fue una aldea de Peñas y hasta esa fecha no tengo dato alguno que pueda justificar la disputa.

En el citado año, y tras la reciente creación de la provincia de Albacete, Pozuelo alcanzó el villazgo y con él el término propio. Por su dependencia es difícil pensar en la puesta en marcha del proyecto de raptó con anterioridad a estas fechas aunque, por supuesto, pudo ocurrir. Lo que la documentación pone al descubierto es que tras su emancipación tuvo enfrentamientos sobre el término con su antiguo concejo y es posible que por la proximidad del Sahuco a los límites actuales, éste fuera uno de los territorios en litigio ya que además del Santuario era una zona con agua y con una apetecible dehesa. Los ancianos de Peñas cuentan que poco después de la Guerra de 1936, los del Pozuelo, encabezados por su cura, intentaron recuperar la imagen que consideraban que les pertenecía y que hubo alborotos e intervención de la Guardia Civil porque, según dicen, el Sahuco dependía jurídicamente de las Peñas pero eclesiásticamente del Pozuelo y que, por ello, les correspondía a ellos tener la imagen. Desde entonces no recuerdan más altercados y yo no he conseguido encontrar referencias documentales sobre ello.

Evidentemente, suponiéndoles base histórica soporte de la tradición, todos estos hechos mencionados son muy modernos en comparación con los documentados sobre Peñas y sobre la época que la tradición oral sitúa los acontecimientos. Incluso da pie a pensar en otra interpretación, digamos ecléptica o de imbricación de ambas versiones, consistente en considerar que la imagen desde antiguo se trasladaba del Sahuco a Peñas, y viceversa, en romería y que se siguió haciendo después del rapto, parece que fallido, propiciado por el Pozuelo, pero entonces corriendo y en calzoncillos. Ahora bien, no hay pruebas documentales y si se procede sin rigor podríamos caer en un posibilismo desmedido más ligado a la imaginación que al razonamiento. Es ardua empresa la correcta interpretación de las manifestaciones de la religiosidad popular y más teniendo en cuenta la demostrada atemporalidad que casi siempre tienen. Una vez más habrá que esperar a que la aparición de nuevos datos haga posible descubrir el hecho, o hechos, histórico verdadero que más o menos claramente siempre encubre. Hoy por hoy se muestran muchas más sólidas las bases de la primera versión, a la que parece que avala también la realidad misma del rito.

Lo que aparece incuestionable es que a esta centenaria tradición siguen fieles millares de personas que continúan acercándose y rogando al “Santo” llenos de fe, buscando consuelo, protección y ayuda celestial para sus males en la tierra.